

***LIBERTAD Y ESO ¿QUÉ ES?
(COMENTARIO AL LIBRO DE LEA YPI: LIBRE¹)***

***FREEDOM AND WHAT IS THAT?
(ABOUT LEA YPI'S BOOK: FREE)***

José Ignacio González Faus

Resumen: El libro de Lea Ypi, con la mitad de su vida en Albania y la otra mitad en Londres (profesora en la London School of Economics) sugiere, a través de un relato autobiográfico una comparación entre el Este y el Oeste europeos, con la coincidencia llamativa de que ambos sistemas apelan a la palabra libertad como su mayor autojustificación. Ello sugiere al autor unas reflexiones sobre el sentido cristiano de esa palabra. Usando un género literario epistolar que permite al autor dirigirse a su interlocutora en términos de fraternidad.

Abstract: The book by Lea Ypi with half of her life in Albania, and the other half in London (professor of the London School of Economics) suggests through an autobiographical challenge a comparison between the European East and West, with the striking coincidence that both systems appeal to the word freedom as their greatest self-justification. That suggests to the author some reflections on the Christian meaning of that word. Using an epistolary literary genre that allows the author to address his interlocutor in terms of fraternity

Palabras clave: socialismo, capitalismo, libertad, solidaridad, mentira

Key words: socialism, capitalism, freedom, solidarity, lies

Fecha de recepción: 1 de mayo de 2023

Fecha de aceptación y versión final: 28 de mayo de 2023

Muy querida hermana Lea:

Aunque no te conozco, no es casualidad ni cortesía hueca ese apelativo de hermana: es, una vez más, la constatación de hasta qué punto somos iguales los humanos. Por mil diferencias que podamos tener en historias, culturas, lenguas, historias personales, temperamentos y demás, cuando nos encontramos en la búsqueda de aquello que es lo mejor, lo más verdadero y lo más sagrado de nuestra humanidad, nos damos cuenta de hasta qué punto somos todos hermanos. Así pues: mil gracias por tu libro. Gracias también porque, a pesar del doble desengaño que allí explicas, dejas abierta en el subtítulo la posibilidad de seguir creciendo. Y permite que te lo comente un poco en esta forma epistolar que me resulta más cercana.

¹ LEA YPI, *Libre: el desafío de crecer en el fin de la historia*, Anagrama, Barcelona 2023.

Has vivido la mitad de tu vida en la Europa del Este y la otra mitad en la del Oeste. Y te encuentras con el mismo desengaño:

En un lado no había hambre ni paro, había escolarización plena y las diferencias eran mínimas. Pero había cárceles secretas y espionaje, no había opinión pública ni libertad de expresión y casi ni de pensamiento. El sentido de la vida parecía ser la defensa de aquel sistema idealizado teóricamente.

En el otro lado hay paro y hambre, hay enriquecimientos desorbitados a costa de los demás, estafas financieras disimuladas, unas diferencias económicas abrumadoras, y una libertad individual que está siendo cada vez más secretamente manipulada, por la publicidad o por la tecnología. El sentido de la vida es aquí el consumismo, sobre todo un consumismo exhibicionista.

Y lo más curioso es que, ambos sistemas apelan a la misma palabra para su definición y su autodefensa: *libertad*. Tanto que esa palabra sirve para titular tu libro: precisamente porque ni vale para un sistema ni para el otro. Y eso no es cosa solo de las dos Europas; en mi país, derechas e izquierdas apelan también a la misma palabra: antaño nos cansamos de oír el eslogan: “socialismo es libertad”, hogaño tengo recogido un párrafo del discurso de una política de extrema derecha y que aspira a todo, donde en cosa de siete u ocho 5 líneas aparecía siete veces la palabra libertad. Y por supuesto, ambos entienden cosas muy distintas bajo la misma palabra.

Para complicar la cosa permíteme un inciso desde me fe personal. Curiosamente también, esa misma palabra (libertad) sirve para definir los textos fundacionales cristianos que muchas veces la han falseado, pero donde tiene otros contenidos bien concretos: “la verdad os hará *libres*” (Jn 8,2) y “Cristo nos liberó para que vivamos en *libertad*... , no os sometáis a la esclavitud...; habéis sido llamados a la *libertad*, pero no confundáis la libertad con el egoísmo” (Gal 5, 1-13).

Fijémonos un momento en estos dos principios, porque creo que sirven para explicar ese fracaso de la libertad en nuestros dos sistemas; un fracaso que parece habernos llevado a ese “fin de la historia” (es decir: de la posibilidad de ella) que sirve precisamente para subtítular tu libro. Ambos sistemas han confundido la libertad con alguna forma de mentira y con alguna forma de egoísmo. Veamos: separaré el campo político del económico; y separaré también las referencias a la verdad de las referencias al egoísmo.

En Occidente, nuestra economía se sustenta en la mentira de que los pobres lo son todos por su culpa y los ricos lo son por sus méritos; en la mentira de que la propiedad privada es un derecho sagrado e intocable y, por tanto, los impuestos son una gran injusticia.

En el campo político vivimos de mentiras como que la OTAN y toda la industria armamentista son una necesidad defensiva y no una institución tácitamente imperialista; la mentira de que EEUU es el defensor mundial de la democracia en vez de ser un imperio tácito, con la calamidad de miles de soldados norteamericanos, destrozados psíquicamente por las estancias en Irak y demás, y que han acabado o en psiquiátricos o en la droga y la cárcel², y sin buscar el modo de legalizar de alguna

² Ya conocerás el libro testimonio de Niko Walter, *Cherry*. Que además tiene su paralelo en Rusia con los *Muchachos de zinc* de Svetlana Aleksíevich. Tan diferentes ¡y tan iguales!

forma la droga para evitar tantos chantajes y tantas esclavitudes que, en algún sentido, tienen más poder fáctico que el presidente de la nación. La mentira de que nuestras elecciones son libres e igualitarias y no están nada favorecidas ni manipuladas por donaciones que luego nos atan las manos. O la mentira de que la ciencia podrá resolver la amenaza ecológica que muy probablemente acabará con nosotros porque ya no queremos pagar el precio de combatirla.

Y si de la mentira pasamos ahora al egoísmo (el otro gran destructor de la libertad) tenemos aquel principio tan nuestro y tan sagrado: “vicios privados virtudes públicas”. Tenemos además la deformación de los derechos humanos convertidos en justificación de egoísmos propios en lugar de fuentes de deberes para con los demás: ahí tienes esa inhumanidad tan proclamada del *derecho* al aborto³, y que ha acabado siendo una justificación de aventuras sexuales disfrazadas de amor. Ahí tenemos esa falsificación de la caridad y el amor, manipulando a tu hermana Teresa de Calcuta, como si la caridad consistiera en enterrar o ayudar a morir a las víctimas que nosotros vamos produciendo (y a lo que Teresa se dedicaba porque es lo único que podía hacer una mujer sola como ella en un mundo tan cruel). Pero sin aceptar que el amor consiste en evitar las víctimas y no meramente en ayudarlas a bien morir.

Y en Oriente... Me he extendido más en Occidente porque es el sistema en el que vivo, porque mis lectores serán occidentales y porque aquí ya tenemos muy claras las mentiras de ese Este, en el que tú viviste de niña abrazando estatuas de Stalin: la falsificación de la libertad desde el principio de que la comunión se puede imponer por la fuerza; o de que la planificación central de la economía acierta siempre sin tener en cuenta las iniciativas privadas, cuando son iniciativas para el bien común y no para el máximo beneficio propio. Tenemos clara la mentira de que todo el mundo vive contento en ese sistema y de que los encarcelados lo son por su culpa (como los pobres en nuestro sistema). Y también ese falso egoísmo de creerse los mejores (o los únicos buenos) y no tener nada que aprender de los demás (que solo son imperialistas). Todo eso ya lo sabemos, y lo hemos oído tantas veces como tú oirías exactamente lo contrario.

Lo que puede valer para unos y otros es aquella lección de Jesús de Nazaret: todos vemos la brizna en el ojo ajeno y no vemos la viga en el propio. Y pretendemos limpiar el ojo ajeno sin haber antes limpiado el nuestro (cf. Lc 6, 41.42). Por lo menos ya coincidimos en algo. Por eso ¿y si hiciéramos al revés de buscar lo bueno del otro para ver si nos limpiamos los ojos del alma? En ese sentido me gusta que, a pesar de haber escapado de la preciosa Albania, sigas dedicándote a Marx, al que aquí le tenemos verdadero pavor: porque a pesar de sus supersticiones metafísicas, sigue siendo muy útil para “sacar la viga” de nuestros ojos occidentales.

Algo que aprender

Estos eran nuestros mundos. En medio de esos desaguisados cada parte tenía una pequeña ventaja y ojalá supiéramos sumarlas. Nosotros tenemos espacios de liber-

³ Y quiero subrayar, como hago siempre, que lo del derecho es algo muy distinto de su despenalización, en una sociedad laica y por razones de bien común.

tad, pequeños pero muy valiosos, que nos permiten pensar y disentir (hasta públicamente) de la manipulación sistémica, como intento hacer yo ahora. En Albania, teníais sensación de un sentido para la vida (aunque falseado y deformado): un sentido que nosotros ya no tenemos porque nuestro sistema no ofrece más sentido de la vida que el consumismo, y consumir para ser admirado y alabado. No sé si has escuchado, por ejemplo, la publicidad que te ofrece un coche no para que puedas desplazarte sino “para suscitar la envidia de tus vecinos”. Son cosas que pueden funcionar a corto plazo, pero llega un momento en que la persona descubre (o sospecha) que está hecha para algo más, para bastante más. Y encima, sin dar sentido a la vida (o para suplir esa falta de sentido) hemos puesto ahora de moda la palabra felicidad, capaz de mil significados, y hacemos encuestas para mostrar que nuestras gentes son felices, ocultando que antes, hemos creado una opinión artificial que nos dice que el que no es feliz es por su culpa: porque es tonto. Y esa mentalidad inconsciente hace que mucha gente responda en las encuestas que es feliz, para no pasar por idiota.

Así es como nos estamos encontrando hoy con que uno de los mayores problemas de nuestra sociedad occidental es la tentación de suicidio (¡y casi más en gente joven!). O nos encontramos con la absurda tentación terrorista de apuntarse a alguna causa antisistema que te da la sensación de vivir “para algo”: nuestros sociólogos se han sorprendido de que una cantidad llamativa de nuestra juventud haya podido ser seducida por el Daesh u otros grupos terroristas similares, fundamentalistas de derecha o izquierda. Parece inexplicable el atractivo de esos absurdos, pero repito: les han dado esa sensación, que tanto necesitaban, de vivir para alguna causa: pues habían experimentado el absurdo humano de nuestro sistema consumista.

En este sentido, no sé si conoces algunas expresiones del actual obispo de Roma: un sistema “que mata”, un sistema “de descarte”, y las furibundas reacciones que han desatado sobre todo en la capital de nuestro sistema. Pero unas reacciones que, de manera hipócrita, nunca atacan directamente sus críticas a nuestro sistema, sino que esgrimen argumentos como que sabe poca teología, o que es comunista o contradice al evangelio...

Y, en cualquier caso, como tarea y aprendizaje común a unos y otros, ahí está *esa característica trágica e inhumana de un progreso construido sobre víctimas y sobre cadáveres. Una característica que es aceptada como inevitable y como condición indispensable de todo progreso.* Algo que en nuestro Occidente ya reconoció Hegel (y antes de él muchos de los llamados “padres de la Iglesia”), que el Este ya nos lo dijo muchas veces y modernamente lo han denunciado sin éxito algunas de las figuras marginadas de nuestras llamadas izquierdas (como Simone Weil o W. Benjamin). Ese progreso que hoy nos ha conducido (según indicas en tu título y reconocen muchos pensadores occidentales) no a la realización de la historia sino al “fin de la historia”. Y que hace que preguntes “cómo crecer en el fin de la historia”, es decir: cómo hacer historia cuando ya no hay historia. A mí siempre me llamó la atención cómo concluía aquel manifiesto triunfal (*El fin de la historia*) que publicó F. Fukuyama tras la caída del comunismo: “el fin de la historia será un momento *muy triste*... La voluntad de arriesgar la propia vida por una meta abstracta, la lucha ideológica a escala global que exigía audacia, coraje, imaginación e idealismo”..., todo eso habrá desaparecido, y la vida humana será mera administración y consumo. Por lo que que nuestro autor concluía: “Lo que siento dentro de mí y que veo

en otros alrededor mío es *una fuerte nostalgia de la época en que existía la historia*". Pues sí: es lo que antes llamé falta de sentido de nuestras vidas occidentales; añadiendo que el sentido que nos ofrecía el Este (de aceptar una dictadura *teóricamente provisional*) ya no valía para nosotros.

¿El fantasma de la libertad? Ese es el título de una película occidental (de 1974) que evoco ahora porque tiene cierta universalidad, extraña en aquellos tiempos: los productores son Francia e Italia y el director español (L. Buñuel). Su tesis podría ser que lo único que existe es el azar. Con ello proclamaba "el fin de la historia" mucho antes de Fukuyama: pues, como ya vimos, esa palabra libertad era como la clave del sistema, tanto en vuestro Este como en nuestro Oeste. Eso me evoca dos importantes reflexiones sobre la libertad, una occidental (J. P: Sartre) y otra rusa (Dostoievski) profundamente coincidentes a pesar de nuestra obsesión por contraponer el Este del Oeste. ¿Podemos tratar de acercarnos a ellos?

Para ambos pensadores, la libertad (a pesar de lo mucho que apelamos a ella), es para el ser humano un peso casi insoportable: ¡cuánto cuesta cargar con el riesgo de una decisión! Y ¡con qué facilidad buscamos cargar ese riesgo sobre las espaldas de otros! Así renunciamos hipócritamente a nuestra libertad interior mientras seguimos reclamando libertades exteriores. Y no vemos que la libertad exterior, sin libertad interior se convierte en pura canonización del egoísmo. Así nosotros tenemos muy claro que lo que llaman algunos, socialismo significa en realidad la dictadura de un partido, y lo que nosotros llamamos liberalismo es, en realidad otra dictadura de nuestro ego. En un lado falta de libertad externa, en el otro falta de libertad interna.

En América Latina se habla menos de libertad y mucho más de *liberación*, dando a entender que la libertad es un proceso a cuya meta no se llega nunca: de ahí lo dramático que es hablar del "fin de la historia" pues equivale a una renuncia a la libertad (o mejor: ¡a la lucha por la libertad!), precisamente en aquella parte del mundo que más la erige como su bandera. Y de ahí el acierto del subtítulo de tu libro: cómo crecer en el fin de la historia.

Fuera de nuestro mundo occidental, la palabra liberación había sido sustituida hace ya muchos siglos por otra que podemos definir como resultado de todo proceso liberador: *iluminación*. De ahí, para mí al menos, la necesidad de apelar ahora a otra gran figura de nuestra historia, al que yo suelo aplicar unas palabras de Jesús de Nazaret sobre Juan Bautista: "el mayor de los nacidos de mujer"; y al que le ha quedado el sobrenombre de Iluminado (Buda) y que (desde mi léxico cristiano suelo calificar yo como "el Precursor": el Juan Bautista del mundo global y moderno. Por interés o por incapacidad hemos deformado nosotros el término de esa iluminación, el "nirvana", como si fuera una desaparición del yo perdiéndose en la nada. Y creo que no es nada de eso: el nirvana es la paz plena y absoluta: esa paz que en Occidente andamos buscando siempre y de la que carecemos siempre.

Pero esto tiene ahora menos importancia: porque lo decisivo en el budismo no es el Nirvana (al que, según la tradición, Buda renuncia por ayudar a sus hermanos). La iluminación a donde nos lleva es *a la compasión (karunâ)*.

Liberación (o libertad) interior y compasión. Déjame que te haga ahora otra alusión cristiana: estadísticamente, las dos palabras que más se dicen de Jesús a lo largo

de los cuatro evangelios son estas: por un lado, “se admiraban de su libertad”⁴ y, por otro lado: “se le conmovieron las entrañas”. Esas entrañas conmovidas, esa compasión, es precisamente la que lleva a luchar por todas las libertades exteriores, en una lucha que será diferente según culturas y épocas históricas, y en un proceso que no es lineal sino circular y puede comenzar por cualquiera de sus etapas, según los diversos condicionamientos particulares.

Y esto me lleva casi al final de estas reflexiones. No sé si tú eres creyente. Según y cómo me da lo mismo, porque cada cual es, en muy buena parte, hijo de su historia; y porque el cristianismo no es proselitista: otra cosa es que se crea en posesión de una gran noticia y desee comunicarla, pero sin manipular a nadie. Pero el cristianismo profesa una verdad que suelo llamar yo “el comunismo de lo divino” (¡comunismo que es fruto de la libertad y el amor, no de ninguna dictadura!) y por el cual todos podemos creer por los que no creen y amar por los demás y esperar así la salvación de todos.

Pero los humanos somos solo una “imagen” de lo divino, deformada además por el mal a lo largo de nuestra historia. Somos una pasión de absoluto que es la que hace que nunca estemos del todo identificados con lo que somos (como están los animales). Albert Camus ya decía que una vaca no necesita preguntarse qué eso de ser vaca, ni desea ser más de lo que es. Los humanos, en cambio, siempre queremos más y más y más: esa es nuestra grandeza infinita y nuestra tragedia constante.

Eso hace que, para nosotros, amor y libertad sean dos grandeas muy nuestras, pero a las que solemos contradistinguir y contraponer. Y así tantas veces la libertad nos impide amar (este es el drama y la inhumanidad del capitalismo económico) y otras veces el amor nos quita la libertad y nos esclaviza: porque no conseguimos comprender que el amor es, sí, unitivo, pero no es posesivo.

De este Dios: Amor y Libertad idénticos e infinitos, brotan para nosotros (que sólo somos pálidas imágenes de Dios y además deformadas por una historia tejida sobre el egoísmo y las esclavitudes), digo que brotan esos dos grandes valores que nos constituyen pero que, apelando a ellos, destruimos al uno con el otro. Y así Occidente es una libertad sin amor, y el Este fue un presunto amor desde la falta de libertad. Y ahora podemos comprender que la libertad humana es la plena y total coincidencia con lo mejor de cada uno de nosotros. Eso pide condicionamientos exteriores (¡y vaya si los pide!), pero no se acaba ni se identifica totalmente con ellos. Es más bien una meta que nunca alcanzaremos del todo, pero a la que apunta toda nuestra existencia, individual y colectiva.

Despedida y cierre.- He dicho antes que estaba casi al final de estas reflexiones porque, aunque ya está todo dicho, queda una conclusión que no quiero omitir: a pesar del pesimismo que califica con un suspenso a los dos sistemas (aunque unos pondrán un 4 a uno y un 3 al otro, cambiando según valoren más la libertad o la

⁴ La palabra griega *eksousía* significa a la vez libertad y autoridad. Hay una intuición muy valiosa en el dato de que los griegos identificaran esas dos palabras (a saber: la verdadera autoridad no es la que brota de un supuesto poder exterior, sino de una auténtica libertad interior). Pero no es de esto de lo que quiero hablar ahora: aludo a ella porque, si conoces los evangelios verás que muchas traducen que “la gente se asombraba de que Jesús hablaba con autoridad, no como los escribas y fariseos”. Me parece claro que lo que sombraba a la gente es la libertad con que hablaba Jesús: pues con autoridad también hablaban los escribas y fariseos (¡y vaya si hablaban!). Sospecho que ese error de percepción viene ya de la traducción latina de san Jerónimo, que se convirtió luego en el original desde el que se traducía la biblia a nuestras lenguas europeas.

comuni3n), esos suspensos no constituyen ninguna raz3n para abandonar el compromiso social, como ahora se piensa en esta Europa occidental con aquel argumento que circula como TINA (There Is Not Alternative), t3pico del ego3smo pseudoilustrado de la se1ora Thatcher.

No. Podemos ser pesimistas, pero no desesperanzados. Porque, aunque haya que procurar hacer las cosas bien y obtener los mejores resultados, *el valor del compromiso social no radica solo en sus resultados sino en el compromiso mismo*. Ese compromiso, en la medida posible a cada cual, es un acto de amor y de libertad. Y sabemos por la evoluci3n que si han sido necesarios miles de millones de a1os para que apareciera el “ánthropos” (con tentativas fracasadas y extinguidas a pesar de su grandeza, como los dinosaurios) tambi3n habr3 de pasar mucho tiempo para que aparezca no ya el ser humano sino la comunidad y la comuni3n verdaderamente humanas: no simplemente el ánthropos como individuo, sino la koinon3a (por echar mano de esas dos expresiones que ya acu1aron los griegos).

De modo, querida hermana Lea, que aqu3 quedamos ambos sin conocernos, lejanos en la geograf3a y en el origen, pero hermanos y cercanos en la lucha por la plena humanidad. Gracias por tu libro y por tu trayectoria. Y aunque este art3culo va dirigido a ti, como la mayor3a de sus lectores ser3n occidentales, quisiera a1adir una breve advertencia para ellos: que, al leerlo, no se fijen solo en ti sino en otros dos personales de tu libro: tu abuela y tu amiga de infancia Elona. Ambos me han suscitado un par de recuerdos personales.

A la abuela va dedicado tu libro, y esa dedicatoria se comprende cuando lo vamos leyendo. Pues bien: en esta sociedad desconcertada, algunas gentes se han dirigido a m3 buscando sentido, buscando alguna trascendencia o al Dios perdido. Y al preguntarles qu3 les hab3a movido a dirigirse a m3, tres o cuatro veces me he encontrado con esta respuesta: “es que... ¿sabe usted? Mi abuela dec3a...”. ¡Poco esperar3an aquellas que tantos a1os despu3s sus palabras iban a germinar!

Elona, tu amiga íntima de infancia y adolescencia con la que tanta confianza os ten3ais, termin3 “haciendo la calle” por los barrios de Roma. Ello me evoc3 una an3dota vivida en esa misma Roma, en 1966. Una noche salimos a callejear por aquellos encantadores andurriales romanos. Yo vest3a de seglar, mi amigo llevaba clergyman, pero el abrigo le tapaba el cuello. Se nos acerc3 entonces una pobre muchacha, con esos t3picos de “ciao amore...”. Mi compa1ero que era bastante guas3n, se abri3 el abrigo y le dijo fingiendo enfado: “signorina, ¿ma non vide que io sono prete”? Y la pobre muchacha, con un tono dolorido que me pareci3 muy sincero: “oh, padre, ¡mi dispiace tanto! Facia una preguiera per me a la Madonna”.

Aquella noche me dorm3 pensando por qu3 Jes3s en los evangelios es tan cercano a las prostitutas, pensando que (si es que no se puede evitar la prostituci3n) adem3s el machismo de nuestra sociedad ha conseguido que las llamemos prostitutas a ellas, en vez de llamar prostituidos a los clientes. Una vez m3s son culpables las v3ctimas y no los verdugos.

Pero si he evocado a estas dos figuras de tu libro es porque en las vidas de casi todos nosotros (los que no formamos parte de las v3ctimas de la historia), hay tambi3n una “abuela” y una “Elona”. Ello da a todas nuestras vidas un marco de gratitud y de responsabilidad: ¿por qu3 ella y no yo? O ¿qu3 habr3a sido de m3 sin la abuela?

Esa gratitud y esa responsabilidad son las que deben llevarnos al compromiso y acompañarnos siempre en él. Así evitaríamos tantos nefastos protagonismos que, desgraciadamente, convierten nuestra bondad y nuestro compromiso en puro fariseísmo.

Un abrazo bien fraterno, querida Lea. Y gracias otra vez por tu libro.